

HOMBRES ILUSTRES DE PUERTO RICO

**C**UANDO, vuelta la mente a los años que corrieron, se habla de hombres notables de Puerto Rico, generalmente sólo recordamos las figuras más destacadas en nuestro escenario histórico, sin fijarnos en un grupo mucho más numeroso, que por hallarse en un segundo plano queda casi siempre en olvido. Bajo este aspecto, la posteridad, tomada en bloque, es como las mariposas y las maripusas: le atrae lo que brilla, o lo que revela un más alto despliegue de alas. Pero apenas se concede alguna atención a las abejas laboriosas. Y las abejas, en este caso, son los



radores a la Ferta Exposición de Ponce, verificada en 1880, y a sus iniciativas se debió en gran parte la Exposición Agrícola e Industrial del Tabaco llevada a efecto en aquella ciudad en 1883.

Liberal de firmes convicciones, contribuyó con entusiasmo a la organización del Partido Autonomista.

La carrera política de Olimpio Otero llegó al climax en el aciago período de 1887, llamado popularmente de los composites, viviéndose en pleno terror bajo el desatentado gobierno del general Romualdo Palacio, que regía la isla sin freno ni

# SAGRADO NOTA

Universidad del Sagrado Corazón

**El documento no está disponible en línea. Puede encontrarlo en la Colección de Emilio S. Belaval en el Área de Información e Investigación en la Biblioteca Madre María Teresa Guevara de la Universidad del Sagrado Corazón.**

mediario y un proveedor, en la más alta acepción de ambos términos. Pudiendo enriquecerse, se contentó con un pequeño margen, no escudándose nunca de lo justo. El establecimiento comercial que fundó y dirigió, dándole su claro nombre: *Bazar Otero*, y que vivió cincuenta años, tuvo entre los demás de Ponce un relieve inconfundible, y en cierto modo, clásico. Por ese bazar, introdujo Otero en aquella ciudad el ramo de libros y obras musicales. Esto, naturalmente, fué adecuado señuelo para gente culta y el Bazar Otero era punto de reunión al que acudían muchos intelectuales, escritores, artistas, en busca de las últimas novedades literarias, o de música, y también atraídas por la amena charla de su fundador, por lo común, encaminada a divulgar algo útil.

Dilectante fervoroso, Olimpio Otero cooperó grandemente a la difusión de la buena música en Puerto Rico, estimulando en este punto nuestra producción castita, y a sus gestiones debióse en gran parte la publicación por casas editoriales de Barcelona, de obras de Tavíres, Campos y otros compositores puertorriqueños. El apellido Otero está vinculado con el arte musical en nuestro país. Un abuelo de nuestro compatriota, español, don Felipe Ote-

## GARRICHA

nuestras artísticas de indudable sello regional por el carácter o el ceceo, permanecerían inéditas, o serían completamente olvidadas.

En 1875, era Otero regidor del Ayuntamiento de Ponce. En 1880 fué elegido Diputado Provincial por el Partido Liberal Reformista, conservando tan honrosa investidura durante quince años consecutivos, en porfada lid electoral contra los candidatos que contaban con las simpatías del Gobierno y eran empujados a su objetivo indirecta y aún directamente, por todos los recursos y medios de que dispone el poder.

Como diputado, atendió con particular esmero a la instrucción y las obras públicas. Cooperó a la fundación del Instituto Civil. En la isla se le llamaba el Diputado *Carrivetera*, porque laboraba con incansable perseverancia por que se abriese buenas vías de comunicación, hallándose el país menesteroso de ellas. En este sentido, influyó poderosamente en la construcción de la magnífica carretera, orgullo de la ingeniería insular, que enlaza a Ponce con Adjuntas. Como un reconocimiento de su buena labor, se dió a un puente de dicho ci-

bajo por su estancamiento de una escuela normal en Ponce, sin que pudiesen continuar allí más allá de un año,

las clases de enseñanza superior. También se le debe la erección de un monumento fúnebre, en el cementerio civil, para los miembros del Cuerpo de Bomberos de Ponce. En el monumento se lee un soneto sin firma, grabado en la piedra, dando expresión al homenaje. Allí, entre los otros, yacen los restos del noble benefactor.

Le conocí en los últimos años de su vida y me honró con su amistad. Vestía siempre de blanco. Encandido el rostro. Blancos los escasos cabellos y el poblado bigote. Suave la voz, urbano el gesto. Volteriano en ideas, pero de una inquebrantable eciesedumbre moral. Y siempre, a flor de labios, una anécdota, un oportuno recuerdo, una enseñanza. Bajo la delicadeza de aquellos modales se ocultaba una voluntad de acero.

Dice el escritor italiano Edmundo de Amicis en uno de sus libros, despidiéndose de la capital de Cataluña: "¡Adiós, Barcelona, archivo de la corteza!"

Si un tan gentil frase fuese aplicable a un hombre, yo se la dedicaría a don Olimpio Otero —volvamos el don hidalgo— al concluir con estas suyas

—tan pulcra, amable y comedido era.